

picachos, en cuya cima se alzan castillos que, aun en ruínas, amenazan con sus moles orgullosas... Caseríos y torres de iglesias y monasterios arrumbados se hundén, mientras nosotros ascendemos, y corren en dirección contraria los montes arropados en tupidos pinares. Las águilas apresuran con espanto su vuelo, y hasta las nubes creo que se apartan para dejarte libre el paso, y ante tu majestad se humillan.

LA MADRE. (Sin la menor alteración en su aliento.)— Parémonos aquí. Esta es la sierra de San Leonardo en su más alto caballete. Vuelve hacia atrás la vista, y alcanzarás á distinguir mi valle del Duero. Tú no podrás ver lo que veo yo; no verás mi amada Clunia, hoy lugar humilde que llamamos Coruña del Conde. Esa que fué ciudad romana próspera y bella, guarda recuerdos dulcísimos de mi infancia. En ella estuve cuando la gobernaba Poncio Pilatos... Si esto es dudoso para algún sabio regañón, para mí no lo es... Era yo una chiquilla sin juicio y jugaba con las niñas de Pilatos, poco antes de que fuera trasladado al Gobierno de Judea. Yo le ví partir con toda su familia, harto mohíno de abandonar mi tierra, de dulce vivir y pacíficos moradores. ¡Quién pudo pensar que en su nuevo Gobierno había de intervenir con desdichada pasividad en el sacro misterio de nuestra reparación! ¡Pobre Clunia! Ya no eres más que un montón de polvo que vuelven con sus narices, á manera de gan-

chos, los traperos de la erudición... Si tu vista no alcanza, no te canses, Gil: mira con la fantasía, y vente más allá conmigo, hasta los picos excelsos de Urbión, donde verás sin esfuerzo partes muy gloriosas de mis estados. Ven: agárrate á mi velo.

IX

Continúa el coloquio entre Gil
y la Encantadora.

TARSIS.—¿Me llevas al cielo?

LA MADRE.—Te llevo conmigo á los más altos escalones de mi trono, desde donde veo el antaño y el hoy. En esta eminente altura domino la grandeza de mis estados, y la considerable dimensión de los tiempos. Ayer y hoy se juntan bajo una sola mirada, y las penas que fueron se funden con las penas que son. (Las águilas, que antes huían asustadas, al ver á la Madre en el picacho más enhiesto de Urbión, suben en bandadas, y sobre y en torno de ella trazan con su vuelo inmenso círculo.)

TARSIS.—El aire que aquí respiramos, ¿no es el aire del primer día del mundo? Su diaphanidad, su pureza y frescura, dan vida nueva y potente á mi espíritu enfermo, envejecido.

LA MADRE.—Si tus ojos otean como los míos á distancias enormes, sácialos en esa inmensidad que tendrás delante volviéndote de

esa parte, hacia donde va cayendo el sol. El Occidente te señala el valle de Arlanza, cuna de lo que tu amigo Becerro llamaría *Civilización castellana*. En lo más próximo verás á Barbadillo, Salas, Lara. ¡Oh ilustres y carísimos nombres! No lejos de Lara verás tus tierras y tu castillo de Santa Cruz de Juarros, que pertenecieron á tu antecesor Gonzalo Gustioz, el viejo más verde que cifió laureles de amor. Las tierras que fueron tuyas, son ya de tu administrador Bálsamo. Consuélate ahora de este despojo, llamándote *Asur*, *Hijo del Victorioso*; llamándote Mudarra ó *Mutarraf*, que es *Vengador*. Véngate, hijo, véngate ahora con ira y rabia de tu fiero enemigo, que eres tú mismo.

TARSIS.—No tengo por qué vengarme. A nadie aborresco. Soy Gil, pastor humilde, y el que se llamó *Asur Hijo del Victorioso* es un majadero que estuvo dentro de este pellejo mío, y ya, gracias á tí, salió y se fué con sus necedades á otra parte. Este pobre Gil no ambiciona más que ser tu escudero, Madre querida...

LA MADRE.—Ya lo fuiste, tonto.

TARSIS.—¡Yo!

LA MADRE.—En la lista de diputados te ví, y más de una vez escuché tus graves discursos, diciéndome con terquedad borriquil: *sí, no*. ¿En qué me serviste, mas-tuerzo? ¿Qué hiciste por aliviar mis males, por darme lustre y dignidad? Contesta: ¿qué hiciste?

TARSIS.—Nada, Reina y Señora. Lo confieso, y

declaro que no era yo una cabeza, sino un sombrero de copa; no era yo un hombre, sino una levita.

LA MADRE.—Pues si nada hiciste cuando podías mirar por tu Madre, ¿qué harás ahora, miserable *Asur*, transformado en Gil? ¿No veías, no sabías que tus *síes* y tus *noes* no fueron nunca para mi gloria y provecho? ¿No veías, no palpabas que los predicadores, en sus latiguillos, echaban el latigazo de su lógica del lado de los provechos particulares? ¡Si fuiste ya mi escudero y me vendiste, vendiste á tu Madre...! No me arrepiento de haberte convertido en un patán. No mereces estado mejor... (Derivando á un afable humorismo.) Y ahora, mi ilustre *gazanapiro*, ya que la Madre tuya y de todos no puede hacerte su escudero, no bajarás de esta eminencia sin que saques de tan admirable perspectiva una lección ó enseñanza. Por esa parte á donde el sol se pone ves mi cuenca de Arlanza, hoy mal poblada de árboles y de hombres, mísera y cansada tierra. Pues así como la ves, pobrecita y escuálida, es la primera en mis idolatrías de Madre; es mi *epopeya*; es creadora de mis potentes hombres; es la que amamantó mis vigorosas voluntades. (En pie, de cara á Occidente, con fogosa mirada, que fulgura en sus pupilas negras bajo la saliente ceja, de *aquilina* forma.) Cuidado, ¿no ves Covarrubias y San Pedro de Arlanza?

TARSIS.—No veo con mis ojos; veo con los tuyos y con tu grande espíritu.

LA MADRE.—Diego Porcellos, Gonzalo Gustioz, Nuño Rasura, mi bravo y generoso Fernán González, ya no sois más que polvo. Ni polvo sois ya; pero aún dura y perduraré por siglos, en uno y otro mundo, la lengua que en vuestros días y en vuestros labios empezó á remusgar, y al fin quedó hecha, *sicut tuba*, trompeta de nuestra energía. Ya ves, pobre Gil: por esa bocina de oro que aquellos gigantes nos dieron, somos fuertes tú, yo y cuantos la poseemos; por ella somos iguales, y el pobre y el rico, el plebeyo y el noble, nos hallamos en venturosa fraternidad; por ella vivimos, quiero decir, que muertos todos vosotros, yo viviré siempre, defendida por este divino aliento que cierra el paso á la muerte... Y ahora, hijo mío, verás la enseñanza que has de sacar de lo que acabo de decirte... Estas orejas mías oyeron de la boca de mi Fernán González una sentencia que es la más antigua que recuerdo de nuestra sabiduría popular. Contestando á unos infanzones que dos veces le habían ofrecido vanamente su ayuda en la guerra con los leoneses, por el partir de tierras, el Conde montó en cólera, y allí, en Covarrubias, delante de doña Sancha, su esposa, y de mí, les echó á la cara esta razón: "*Fechos son omes, palauras son mulieres,*" refrán que ha repetido el vulgo en esta forma: "los hechos son varones, las palabras son hembras." Y yo te digo, Gil, que cuando las palabras, ó sean las féminas, no están bien fecundadas por la

voluntad, no son más que un ocioso ruido. Y aquí verás señalado el vicio capital de los españoles de tu tiempo, á saber: que vivís exclusivamente la vida del lenguaje, y siendo éste tan hermoso, os dormís sobre el deleite del grato sonido. Habláis demasiado, prodigáis sin tasa el rico acento con que ocultáis la pobreza de vuestras acciones. Sois muy lindas taravillas. Así, cuando la palabra no tiene dentro la obra del varón, es hembra desdichada, horra y sin fruto.

TARSIS.—Donosa es la lección, y he de aprovecharla en esta vida trabajosa, que es, por lo que voy viendo, vida de pocas palabras.

LA MADRE.—Sigamos ahora.

TARSIS.—¿Hay más picos altos á que subir?

LA MADRE.—Los hay; mas ya es hora de que bajemos, que aún no estás hecho á las cumbres eminentes, y tu natural te pide el arrastrarte por lo bajo de la tierra, como criatura esclava de los estímulos de hambre y sed. Agárrate del velo, y te llevaré por estas cañadas que bajan hacia el Norte. Iremos á parar junto al nacimiento de mi río Najerilla; traspasaremos la sierra de San Lorenzo, para caer en mi San Millán de la Cogulla, lugar célebre en mis fastos de Historia y Letras...

TARSIS. (Dejándose llevar como despeñado por insondables precipicios.)—Vamos á donde quieras. Ir contigo es mi gloria. Bien sé que no lo merezco, y que de llevar contigo algún paje ó escudero, elegirías persona de más valía que este mísero Gil, rebajado, por su

falta de seso, de caballero á villano. Dime dónde habitas, y allí me tendrás día y noche, ya sean tu vivienda los riscos más empinados ó las cavernas más hondas.

LA MADRE. (Bondadosa y jovial.)—Muy entontecido estás, pobre Gil, cuando no has comprendido aún que yo no tengo casa. Al revés lo entenderás mejor: mía es toda vivienda cimentada en esta tierra, míos son los palacios, mías las moradas humildes. No hay techo que no me haya visto pasar bajo sus tejas ó pizarras; no hay lugar que no haya visto el paso de mi sombra por el suelo.

TARSIS.—Que frecuentas los palacios, ya lo pensaba yo antes de oírte. En mi flaca memoria persiste la impresión de haberte visto algunas noches en el salón de la Duquesa de Saldaña y en el de los Condes de Fontibre. Tu rostro de soberana belleza y majestad no puede confundirse con otro alguno. Vestías con suprema elegancia, y te llamaban *Duquesa de Cervantes* en una casa, *de Mío Cid* en otra.

LA MADRE.—Así es. Con tales nombres me conociste; yo también te conocía, y por cierto que me causaba risa tu imbecilidad, no mayor que la de otros. Como no frecuentabas bohardillas ni cabañas, nunca me viste entre gente mísera, agobiada de privaciones, ó entre tipos picarescos y maleantes. Mi sociedad es tan extensa y variada como mis reinos, y no niego mi presencia á ninguno de los que se dicen mis hijos, sean lo que fueren. A su lado me

tienen nobles y villanos, orgullosos y humildes, descreídos y fanáticos, monjas y damas, pastores, soldados, frailes, viejos caducos y desarrapados chiquillos... Cuan- to en estos montes y en aquellas mesetas y en las lejanas costas alienta, es mío; de todos soy, y á todos me debo... Y ahora, buen Tarsis, sabrás que si tengo poder para llevarte con vuelo de águila de una parte á otra de mi territorio, no está en mis facultades el sostenerte días y días sin alimento. Subiremos ahora esta otra sierra que llamo de San Lorenzo, y después de dar un vistazo al santuario de Valvanera, te llevaré á que descanses en mi San Millán, donde guardo el dulce recuerdo y las cenizas de mi glorioso ermitaño y de mi primer gran poeta Gonzalo de Berceo, que toma su apellido de un pueblecito que verás más allá... Agárrate bien, y apresuremos el paso, que viene la noche.

TARSIS.—Ya viene... Por nuestra derecha, que á mi parecer es tierra de Aragón, veo salir una luna redonda y clara, encendida de color, y partida en dos por un celaje que parece alfanje. (Remóntase la luna en su inflexible camino por el cielo; Gil y la Madre Encantadora avanzan con ideal presteza por montes y valles; llegan á un caserío humilde, apiñado á la sombra de un negro monasterio; se albergan en rústico parador; cena Gil con arrieros; la Madre se sienta entre mozas y viejas parleras; Gil se tumba sobre paja y sacos á la vera de la Señora, y en el regazo de ella reclina la cabeza y duerme con dulce sueño. Amanece; despierta el mozo.) ¡Qué

dulce paz! He dormido en tu regazo como un niño, y he soñado que vivimos en un mundo patriarcal, habitado por seres inocentes que no viven más que para compartir con amorosa equidad los frutos de la tierra...

LA MADRE. (Graciosa.)—Hijo, te has anticipado á la Historia dando un brinco de cien años ó más, para caer en un porvenir que yo misma no sé cómo ha de ser. Bien, Gil: así se pasa el rato agradablemente, y del soñar á gusto, á nadie se ha de pedir cuenta. Hoy, por desgracia, mis hijos viven más en sus querellas locas que en las leyes de amor.

TARSIS. (Candoroso.)—Pues de mí te digo que de caballero, lo mismo que de villano, he mirado siempre á la paz y al amor. Enamorado fuí y enamorado soy, por paces. Déjame que te cuente... En Aldehuela tuve devaneos y liviandades con el ama á quien servía, una tal *Usebia*... Hablando con verdad, ella fué la que á mí me requirió antes que yo á ella. No es hermosa propiamente, ni aseñorada; pero se abrasó de afición á mí, y era de suyo harto pegadiza. Pecábamos, al volver del mercado, por querencia suya irresistible, y hacíamos mal tercio á la decencia por ser ella casada. Dolfase de su mal; mas no sabía corregirlo. Al despedirme lloraba por mi ausencia, y por el agravio y ornamento que poníamos á su marido.

LA MADRE.—Ya lo sabía, Gil. Más culpable es ella que tú. La ley de encantamento no te

impone un absoluto despego de amor, y el encastillarte en una ridícula virtud te pondría en violenta discordancia con la libre naturaleza que te rodea. Es error creer que el campo no brinda al hombre enamorado fáciles triunfos amorosos. Solteras y casadas acogen con blandos arrumacos al mozarrón forastero, y en aldeas y villas no faltan amas de cura, salidas de madre y padre, con poco escrúpulo de la opinión.

TARSIS.—¡Que me place!... Debo decirte que mis amores con *Usebia* fueron de puro pasatiempo. El amor mío verdadero y profundo es otro: lo sentí cuando era caballero, y en mi alma lo conservo con todo su ardor y pureza... Antes que me encantas, hice la corte á una joven americana llamada Cintia: empecé con idea de matrimonio, anteponiendo al amor mi afán de riquezas. Rechazóme ella, prefiriendo para marido á un diplomático envarado, de éstos que al vestirse por la mañana se tragan el palo del molinillo. Me sacó de quicio el desaire, y desairado amé á Cintia con pasión escondida, de las que la soledad y el pensar continuo convierten en locura. Cuando me dábais los primeros pases de ilusión para encantarme, ví á Cintia en un espejo. Obra fué de las hechicerías del maldito Becerro y de las brujas de sus hermanas... Hablamos la americanita y yo de un lado á otro del cristal: me dijo que no se había casado con el diplomático; á mi parecer me miraba con amor, y sus palabras destilaban ternura... Pues bien,

Madre: tú que todo lo sabes, dime si, en efecto, Cintia no se ha casado, que bien podría ser todo una ruín burla de los invisibles demonios que correteaban por aquella casa. Dime también si Cintia está en España ó se ha vuelto á América... Claro que si está en América, nada podrás decirme.

LA MADRE.—Allá, como aquí, domino por mi aliento, *sicut tuba*; por la vibración de mi lenguaje, que será el alma de medio mundo. Cuando de allá me invocan, acudo al instante. Mi Colón me dejó una linda nao milagrosa que me lleva y me trae en dos minutos... Por otra parte, ni tú debes pedirme informes de esa familia, ni yo debo dárteles, pues mientras permanezcas en estado villano, es necesidad que pienses en amores con damas principales... Y ya no más, hijo. Levántate. (De la escarcela sacó unas bellotas que se trocaron en monedas; pagó el gasto del mozo, y partieron.)

TARSIS. (Ingenuo.)—Ya podía la señora Madre darme de esas bellotas, ó decirme dónde está el árbol que las cría.

LA MADRE. (Con severidad afectuosa.)—Espérate un poco, hijo: un ratito hasta que fructifique la encina que tú mismo has de plantar; otro ratito, hasta que maduren las bellotas... (Siguen platicando del cómo y dónde plantará Gil la encina, y continúan andando en busca del rebaño, que, según indica la Madre, estaba en Cameros. Llegan de noche, guiados por el resplandor de una hoguera encendida por los pastores, que han matado una oveja y se disponen alegremente á comérsela.)

TARSIS.—Allí están. Oigo la voz de Sancho, que suena en la espesura de estos montes, *sicut tuba*. No puedo precisar el tiempo que ha durado mi ausencia de los compañeros. ¿Han sido dos días, ó tres?

LA MADRE.—En la vida pastoril no necesitas calendario ni reloj. El tiempo es un vago discurso con somnolencia.

TARSIS.—¿Qué hora es?

LA MADRE.—El cielo te lo dirá. Mira la dirección del rabo de la Osa. Mira el León que se esconde ya por Occidente. Por Oriente ha salido Antarés, la diabla iracunda, y tras ella Sagitario armado de flechas.

TARSIS.—Ya estamos entre ellos. Nos han visto y celebran tu presencia con palmadas y vítores. El rabadán, los pastores y zagales, llamados *Blas*, *Mingo*, *Rodrigacho*, prorrumpen en alegres exclamaciones.

SANCHO.—¡Vítor la Madre!... ¡Hurriacá!

MINGO.—Quédate, Madre, entre nos.

RODRIGACHO.—¡Ijujú! Madre adorada. Buen gajajo aquí te damos.

BLAS.—Cata la Madre de Amor. Cata el Amor verdadero. (Rodean á la Señora con brincos y al-gazara, y cantan en su loor un alegre villancico.)

SANCHO.—¡Vítor la Madre querida!—Dime, pastor, por tu vida,—¿qué es lo que tú le darás,—y con qué la servirás?

RODRIGACHO.—Daréle buenos anillos,—cercillos, sartas de prata,—buen zueco, buena zapata,—cintas, bolsas y tejillos.

BLAS.—Y frutas de mil maneras—le daré destas montañas,—nueces, bellotas, castañas,—manzanas, priscos y peras.—Dos

mil yerbas comederas,—cornezuelos, botijinas,—pies de burro, zapatinas—y garbanzas y acederas.

MINGO.—Berros, hongos, turmas, jetas,—anocejas, refrisones,—gallicresta y arvejones,—florecicas y rosetas.

RODRIGACHO.—Y aun daréle pajarillas,—codornices y zorzales,—jergueritos y pardales—y patojas en costillas.

BLAS.—Pegas, tordos, tortolillas,—cuervos, grajos y cornejas,—las de las calzas bermejadas.—¿Cómo no te maravillas? (La Madre se muestra regocijada del obsequio, participa del festín de la oveja, bebe del zaque, les saluda con gracioso ademán, y á la postre, aclamada como al principio, desaparece.)

X

De la blanda vida pastoril, pasa el caballero á vida más dura.

Bendito y descansado oficio era el de pastor, y así lo declaraba Gil ante sus compañeros, con los cuales vivía en santa paz, sin que la buena concordia se rompiese ni alterase por un sí ni por un no en largos días. Conducir el ganado de una parte á otra dentro de términos extensísimos, aprovechando estas hierbas y dejando descansar las otras; dormir en el chozo ó á su vera, según el tiempo; comer donde más les placía migas, sopas, ó el *frite* de oveja ó

cordero; saber las horas por el sol, y de noche por las estrellas; saber del mundo lo poco que les llegaba, migajas del acaecer y del opinar traídas por el viento de vagas voces, era en verdad la mejor vida para llegar á viejo. Entretenían los pastores sus ocios refiriendo consejas, ó narrando cada cual su propia leyenda, no siempre sencilla ni tejida en telares bucólicos. Los que habían servido al Rey contaban miliares valentías, y hazañas amorosas con niñas y amas de cría.

Uno de ellos, Rodrigacho, que había sido monaguillo muy travieso, contó su fuga de la iglesia y lugar de Cuérnagos, por haberle echado pica-pica al cura cuando estaba sentadito en misa de tres oficiantes. Tuvo que salir á espetaperros, huyendo de la paliza que quiso darle el sacristán, y corrió tanto, decía, que en cada tranco que daba, un pie perdía de vista al otro... En su medrosa carrera no paró hasta Vigo, donde quiso embarcar para la Habana; pero no pudo colarse de *polisón*, que era su ardiente anhelo, y al cabo de mil penalidades, sirviendo á gente de mal vivir, se vino á tierra de Salamanca con unos hombres que conducían dos toros padres venidos de Inglaterra. Arreglóse con el amo de éstos entrando en los ejércitos de la ganadería, pues en los de Rey no sirvió, por ser hijo único de viuda.

No faltaban en la majada horas de aburrimiento, que Blas y Sancho sorteaban labrando cucharas de boj. Casados y solteros no tenían las mismas añoranzas de la hembra lejana. Sancho, que dejó á su pastora en Micereses, la echaba muy de menos; Rodrigacho, que tenía

su *Filis* en Pocilgas, partido de Alba de Tormes, habría querido tenerla á mayor distancia; Mingo, que *hablaba* con una viuda de Cantimpalos, apenas se acordaba de ella, y Blas solía cambiar de *Galatea* en el ir y venir de la trashumancia. Cuando á Gil le tocaba bajar por víveres á Torrecilla de Cameros, ponía en juego todas sus artes de seducción para proporcionarse una conquistilla. A pesar de las prisas de recadista, estuvo á punto de lograr sus deseos, capturando á una moza garrida que cuidaba cabras á media legua del pueblo. Naturalmente, la cortedad del tiempo no le permitía rematar su aventura. Diéranle más desahogo, y á la majada se llevaría la pastora y sus cabras. Contando sus apuros á Blas, el muy socarrón le decía: *Amor fino y buena mesa, no quieren prisa.*

Con sus lentas horas y su apartamiento del mundo, la vida pastoril era para Tarsis la más grata forma de encantamento. Pero de súbito se torció el destino del caballero hacia una situación desconocida. La causa de esto fué que el ganado pasó de la propiedad de los Gaytanes á la de los Gaitines, establecidos en Soria y Cameros. Ya se lo maliciaba Sancho. Nunca pudo explicarse trashumancia de tal extensión en estos tiempos sino por venta ó cambalache. En efecto: Gaytanes y Gaitines hicieron escritura, por la que éstos vendían á los otros tierras con que querían redondear su latifundio, y aquéllos entregaron á los cameranos sus ovejas, y á más una suma en metálico. El administrador, que subió al monte á notificar el cambio de propietario, propuso á Sancho quedarse de

rabadán; pero no quiso aceptar y se fué á Micerreses. Blas y Rodrigacho desfilaron también; Mingo se quedó, y á Gil se le llevaron á Torrecilla por expreso encargo del nuevo dueño, que ofrecía darle colocación más activa y de más lucido jornal.

Entraba, pues, Gil en otra etapa villanesca. La transformación empezaba por el cambio de costumbres y ropa. Regaló montera y zahones á Mingo; conservó su calzón de estezado y alguna otra prenda pastoril. Con lo que se llevaba compuso su hatillo bien asegurado en un pellejo con fuertes correas, y echándose al hombro partió para Torrecilla. El administrador de los Gaitines no le detuvo más que el tiempo preciso para un corto descanso, comer, comprar zapatones, tabaco y un par de camisas, y le expidió, en compañía de dos hombres, al lugar de su nueva colocación. Al llegar á Logroño se les facturó en ferrocarril á la estación de Alfaro, desde donde irían á su destino en carros ó caballerías. En el trayecto de tren acabó Gil de enterarse del trabajo en que había de emplear su encantada personalidad. Era la explotación de una cantera próxima á la villa de Agreda. Los señores Gaitines, contratistas de un camino real entre dicha villa y Tarazona, habían establecido la extracción de piedra en la falda de un monte, de los que sirven de estribo y contrafuerte al excelso Moncayo. Uno de los acompañantes de Gil iba de listero, el otro de barrenador. Por ambos supo Gil que ganaría jornal de once reales. Del tren partieron en mulos hasta Grávalos, donde descansaron medio día, y al siguiente dieron con sus

molidos cuerpos en la ibérica *Iurci*, que los romanos llamaron *Græcuris*, nombre que, pasando como canto rodado por bocas de godos, árabes y cristianos, vino á ser *Agreda*.

A corta distancia de la villa, y casi tocando al trazado del camino real, estaba la cantera, llaga enorme abierta en el costado de una dura montaña, dejando ver la tierra como sangre y las piedras como desmenuzados huesos. Desde lejos se veía la inmensa herida, y el espectador se condolía del desdichado monte, imaginándolo víctima de una bárbara labor quirúrgica, levantada en gran parte su hermosísima piel verde, deshecha por el hierro su carne, y todo en pedazos mil, y todo cayendo y rodando en piltrafas sanguinolentas como los despojos de un anfiteatro... Pero cuando el espectador se acercaba, ya no sentía lástima del monte, sino de los que en él trabajaban, bajo un sol ardiente, gateando en el áspero declive. Los unos taladraban la peña con poderosas barras, los otros recogían los pedazos dispersos por la explosión, despeñándolos por la pendiente, hasta que los peones los partían y cargaban las carretas. Era un trabajo de gigantes: algunos, desnudos de medio cuerpo arriba, mostraban admirables torsos y brazos de atletas formidables; otros, agobiados de fatiga, se doblaban por la cintura, contenían el gemido para poner toda su alma en el esfuerzo, sacado á tirones angustiosos de las más hondas flaquezas.

Entró Gil en el trabajo de la cantera con cierto brío, estimulado por la ganancia, por la emulación, por algo de grandioso que veía en aquel luchar al aire libre con lo más duro que

existe: la roca. Noble era el arado; mas la barra y su manejo agrandaban y hermoseaban la humana figura. Desplegó, pues, sin tasa en los primeros días su vigor muscular, y aparentaba despreciar la fatiga. Toda su admiración era para Cristóbal, con quien había venido de Torrecilla, trabajador incansable, no desprovisto de cierta elegancia en los acompasados movimientos con que taladraba la piedra, sosteniendo el ritmo. Atizaba más fuerte á medida que el agujero iba más hondo. La piedra caldeada por el hierro, á éste entregaba su seno endurecido por los siglos.

Marchaban los trabajos con regularidad intensa, inflexible. El capataz, hombre muy serio, envarado de autoridad, no permitía distracciones, ni descansitos, ni palabras ociosas. Llamábase José Mantecón, y ponía gran empeño en mostrar un genio absolutamente contrario á su apellido. Cuando llegaba el momento de los tiros, gozaban todos de un corto descanso. Se cargaban los barrenos, se encendía la mecha que había de prender el cartucho, y á correr la gente para ponerse al resguardo de la explosión. Diseminados alegremente, cada cual elegía el burladero que estimaba más seguro. El estruendo de la terrestre artillería, la conmoción del suelo, el humo, el volar de los cantos, traían un momento de alborozo. Los pedazos de piedra caían como proyectiles perdidos, mostrando en sus caras interiores, calientes, la virginidad de la roca. En esta función de los disparos, permitía el capataz á los trabajadores el recreo de un cigarrito, golosina de holganza que les alentaba para volver al

trabajo de barrenar, descantillar, y al arrastre y carga en los carros. Gil no desmayaba, y se mantenía siempre en el término estricto de sus obligaciones. Un día, por ausencia de Cristóbal, que faltó por enfermedad, dió un par de barrenos no inferiores á los del maestro. Con frase áspera, el capataz declaró bueno el trabajo, sin ablandarse á prometer ascenso. El sol ardiente de aquel día, bastante á derretir el apellido de Mantecón, hizo más duro su carácter.

Los sábados cobraban puntualmente, mitad en plata, mitad en calderilla; los domingos, después de trabajar medio día, se iba cada cual á su descanso ó esparcimiento. Gil vivía con otros en un parador abandonado, cercano al pueblo; dormían en el suelo sobre improvisados lechos de paja y mantas. Mujerona feísima, mas no puerca ni haragana, regía la casa. Regañando á toda hora, era diligente, gobernosa, y á los trabajadores servía muy á punto sus comidas y cenas. Los días festivos, Gil se lavaba y acicalaba, y presumiendo de guapo se ponía su calzón estezado, su blusa limpia, su faja negra, y con la boína ladeada, el cigarrito en la boca, pañuelo en la faja, en el bolsillo del pantalón los dineros que sonaban al andar, se iba al sitio de recreo del pueblo, un extenso prado que llaman *la Dehesa*. Dábanle amenidad una umbrosa alameda por la parte próxima al río Queiles, y en la cercanía del monte, encinas, álamos y tilos en grupos, á cuya sombra manaba una riquísima fuente. *La Dehesa* era la gran atracción de Gil los domingos por la tarde. Allí acudían las muchachas del pueblo, y

armaban bailes tremendos, con brincos ó *agarraos*, conversaciones vivas, carcajadas y chillidos, bullanga de música, ya por lo serrano, ya por lo aragonés. Mozas había muy lindas, de silvestre ingenuidad las unas, otras ladinas y escamonas, en guardia siempre contra el hombre, fortificada su honestidad por la espesura de sus refajos.

Gil no paraba en toda la tarde de atontar al mujerío con su charla donosa, bailoteando jotas y seguidillas hasta más no poder. En ninguna sociedad de las que conoció en su vida de caballero se había divertido tanto. Era su compañero inseparable otro mozo de la cantera, guapín, despierto, medio aragonés y medio navarro, llamado Juan Ablitas, el cual galleaba y se ponía moños por haber traído á su redil á una jovenzuela graciosa, sobrina de un cura, que desde el primer día de conocimiento en *la Dehesa* le hizo entrega de su albedrío. La chiquilla se escapaba por las noches al encuentro del galán, y á más de obsequiarle con favores de amor, le regalaba *bodigos* de los que su tío el buen párroco copiosamente recogía. Son *bodigos* los panecillos de flor que se llevan á la iglesia, y cual ofrenda se añaden á los cirios en el sufragio por los difuntos. Volvía por la noche Juan junto á su amigo, y dándole un panecillo, con hinchada fatuidad le decía: "Toma, Gil, uno de los *bodigos* que me ha traído *la mía*, y confíesame que conquista como ésta no la has hecho tú, ni la harás en tu pindonguera vida."

Comía Gil el panecillo, y no se cuidaba de abatir la petulancia del tenorio agredense don Juan Ablitas. Sucedió que á los pocos días de

esto supieron los amigos, por una de las mozas, que el cura olfateó la sustracción de los panes, y cogiendo á la muchacha, sobrina ó lo que fuera, con pellizcos y pescozones la puso en la apretura de vomitar sus pecados, y á lo último echó el más feo de todos, que fué dar los bodigos á un *chico de la cantera*. Desde aquella hora nefanda, Juan y Gil no volvieron á ver el pelo á la moza, y en esto, llegado el domingo, Ablitas, escupiendo por el colmillo y apretándose la faja, dijo que no pensaba ir á la *Dehesa*, ni estaba en vena de divertirse... Para que se viese que era un hombre, se plantaría en la iglesia mayor del pueblo, ó en sus inmediaciones, hasta encontrarse con el cura y darle cuatro *morrás* como para él solo...

No trató Gil de disuadir al tenorio retador, y se fué solo al paseo. Vió grupos de chicas; pero al llegarse á ellas, un estímulo fisiológico le llevó hacia la parte del monte, donde á la sombra de unas encinas y al arrimo de peñas musgosas, secreteaba consejas el chorrillo de una fuente. Como á veinte pasos del agua vió que de la fuente venía una gallarda moza con un cántaro lleno cogido por el asa. Cuando llegaron uno frente á otro, Gil lanzó una grande exclamación y extendió el brazo en ademán de detener á la joven aguadora. Y ésta paró en firme, mirándole á él con enojo de que un desconocido le cortara el paso.

“Cintia, Cintia—dijo Tarsis,—no te me escapas ahora.

—Quite allá... Déjeme. No le conozco.

—¿Me negarás que eres Cintia? ¿Crees que puedo yo olvidar ó confundir tus ojos divinos;

tu boca, tan linda risueña como enojada, y esa frente de diosa, y esos cabellos partidos en dos bandas, y esa color de albura quebrada, y ese aire de reina, y ese...?

—Anda; está loco el hombre. Déjeme seguir.

—Un momento. Me negarás que eres Cintia; pero no me impedirás que te adore.

—¡Ya escampa!... Me llama *Cinta*, y mi nombre es Pascuala... Ea, si viene de burlas, sepa que no las aguanto.

—Mátame si quieres; pero yo digo y sostengo que eres Cintia. Si no me conoces, te diré que soy Tarsis...”

La hermosa joven, cuyas incomparables facciones correspondían á la forma encomiástica con que el mozo las había descrito, le miró con fijeza y seriedad.

“Qué—dijo Tarsis prontamente,—¿haces memoria?... ¿buscas mi fisonomía en tus recuerdos?... ¡Ah, Cintia! tú estás encantada como yo, y aún te encuentras en ese estado crepuscular de la memoria que vuelve, que quiere volver...”

—Le miro á usted—dijo ella un tanto compadecida y temerosa,—porque me parece que está usted loco... y los locos me dan miedo... Vaya... Con Dios.

—Un instante, Cintia. Tengo una sed horrible... ¿Serás tan cruel que no me des un poco de agua?..”

Sin decir nada, la lindísima mujer alzó el cántaro y lo inclinó sobre su brazo izquierdo para que el sediento bebiese.

“¡Ay!—exclamó Gil-Tarsis después de absorber buena parte del contenido del cántaro.—Me has dado la vida. Con la emoción y la sed,

ni hablar podía... No, Cintia; no estoy loco. Ya lo comprenderás si me haces el honor de concederme tu trato algunos momentos.,,

La guapa moza volvió á la fuente para reponer el agua, y Gil siguió diciéndole: "Acabarás por recordarme; acabarás por reconocer al que desdefiaste, al que te amó con locura... al que te lleva en su alma vagando en estas soledades tristísimas. Si no crees lo que te cuento, admíteme como amigo, y lo que no aprecies por mis demostraciones de amor, lo apreciarás por mi respeto.,,

Algo más le dijo, y sus palabras sinceras y ardientes, si no penetraron hasta traspasar su alma, pasaron rozando á ésta como flechas temblorosas. La que Gil llamaba Cintia no se mostró tan esquiva como en la primera embestida galante del barrenador de rocas. Le miraba muy seria, balbucía cortos y turbados conceptos, tuteándole... La arrogancia y viril hermosura del mozo la cautivaron sin duda; pero en su confusión ni aun se daba cuenta todavía de que aquel hombre le gustaba.

"¿Me permites que te acompañe hasta tu casa?"—le propuso Gil con acento y ademán de profundo respeto.—No dirás que acompañarte es locura.

—No es locura—replicó ella más turbada;—pero es tontería. Vivo muy cerca... allí... ¿Ves aquella casita blanca entre árboles, orilla del río...?

—Ya veo. Pues esa tontería haré yo si me das licencia. Venga el cántaro.,,

Y ella, defendiendo el cántaro de las manos del galán: "No, no: yo lo llevaré. ¡Qué dirían!

—Dirían que te sirvo como buen caballero. Dirían que hablamos como aquéllos y otros que ves en *la Dehesa*, novios honrados y decentes... Vamos hacia allá.

—Hasta mi casa no—dijo la linda lugareña recelosa.—Iremos juntos un poquito no más, hasta la entrada de la alameda. Después no.

—Sigamos sin miedo. Nadie nos mira. Pasamos junto á las mozas y mozos sin que ninguno nos mire. Es que no nos ven, Cintia.

—De veras parece que no nos ven...—observó ella con pasmada ingenuidad.—Nadie se fija... Pues te diré que antes de ahora no me conocías, como yo no te conozco á tí... He querido recordar y nada: no he visto tu cara antes de ahora.

—La última vez que te ví fué dentro de un espejo—afirmó Gil dejándose llevar del arrebatado de su fantasía.—Era un espejo maravilloso, donde uno se miraba y no se veía, al contrario de lo que sucede en todos los espejos. Yo me miré, y te ví á tí, Cintia. Créemelo como éste es día.,,

Y ella: "Cosas muy raras ve una en los espejos: yo me miré una noche, y ví á mi madre, que murió lejos de mí.,,

Y él: "Tu madre murió en Buenos Aires.,,

Y ella, con asombro y risa: "¿Qué estás diciendo?,"

Y él: "Si me niegas que eres americana, no he dicho nada.,,

Empleando de nuevo la burla campesina, la hermosa hembra declaró que no podían seguir juntos si él no ponía freno á sus dislates, y terminó con esta saetilla: "Explícame, hom-

bre de Dios, cómo puede ser americana la que ha nacido, como yo, en Matalebreras, lugar á dos leguas de aquí, camino de Soria.

—¿Qué nacido puede asegurar el lugar de su nacimiento? En cuanto al nombre, si el mundo engañado te conoce por Pascuala, para mí, desengañado, Cintia eres y Cintia te llamaré.

—No es feo nombre. Yo he notado que suelen ser bonitas las cosas falsas. ¿Y á tí cómo debo llamarte?

—Mientras estemos en este destierro expiatorio, llámame Gil.

—Gil, Gil—repitió la bella con sorpresa y susto.—Hace dos tardes pasé por la cantera y ví á los hombres trabajando... Me parecieron demonios. Por la noche soñé cosas horribles... Soñé que era yo piedra, y que me estaban barrenando en el corazón. Desperté al dolor de mis carnes taladradas por el hierro. ¡Ay, qué susto al despertar, y qué sudores de muerte! Oía los graznidos de una bandada de cuervos, y los cuervos decían *Gil, Gil...* y eso mismo, *Gil*, estuvo sonando en mis oídos aquella noche y todo el siguiente día.

—Oías mi nombre... Era el anuncio de que hoy nos encontraríamos en la fuente y seríamos novios.

—No sé...—dijo la moza; y mirándole de hito en hito, agregó un comentario mudo, guardado dentro de sí como impúdico secreto:—¡Y qué guapo es!... ¿Será verdad que he visto á este hombre en alguna parte?... ¿Dónde, Señor, dónde?..

Al llegar á la alameda, Cintia ó Pascuala,

como se quiera, dió orden de parar. “De aquí no se pasa.” Y Gil sintetizó su comedido anhelo en esta pregunta: “¿Estás conforme en que hablemos?”

Y ella, embebiendo su mirada en la de él, contestó con doble frase, una saliente, que fué: “Bien, hablaremos;” y otra entrante y no articulada: “¿He visto antes á este hombre?... ¿lo he soñado?... En sus ojos tiene toda la simpatía del mundo. ¿Me querrá de veras? Si su locura es de amor, en buen hora venga.”

Las últimas expresiones fueron para determinar dónde podían verse y hablarse. Puntualizó ella los sitios que creía mejores para la aproximación honesta de los presuntos novios, y Gil la vió partir embelesado de su airoso andar y gentileza. Dos veces volvió ella la cabeza para mirarle. Gil la seguía con mirar certero. Quería que sus ojos la llevaran hasta la puerta de la casita blanca; pero mucho antes de llegar á ésta, la figura de Cintia se desvaneció como una luz que se apaga.

XI

Donde brillan con toda claridad la ternura y discreción de la hermosa Cintia.

Enloquecido quedó el buen Gil con el encuentro de la divina mujer á quien sin vacilación diputaba como la propia Cintia, transmutada de señora en villana por la mano hechicera que le había transformado á él. Pasó la